

Los ocho pecados mortales de la cultura verde*

Cerutti, Mario; Testa, Chicco

Mario Cerutti: Profesor de epistemología genética en la Universidad de Palermo. Director del departamento de Epistemología y Ciencia cognitiva de la provincia de Perugia.

Chicco Testa: Diputado por el PDS, responsable del Ambiente del gabinete en la sombra. Consejero de redacción de MicroMega.

Breve diccionario de los lugares comunes ambientalistas, desde el biocentrismo hasta el «catastrofismo». La progresiva esterilidad intelectual y el dogmatismo amenazan con llevar al archipiélago ecologista al autoaislamiento. La ideología de la penuria y las tentaciones totalitarias .

Hace un par de décadas comenzaba a dar sus primeros pasos, en Occidente, una nueva cultura ambientalista. Como todas las nuevas culturas ella enfrentó una fase inicial de acumulación, luego se consolidó, asumió e chocó con otras culturas hegemónicas, en ocasiones venció, se afianzó e inevitablemente... fue tornándose estéril y produjo sus propios dogmatismos y lugares comunes. Ideas-fuerza que tuvieron un indudable valor crítico al señalar límites e incongruencias de otras ideas tan fuertes como para volverse lugares comunes del pensamiento cotidiano, están sufriendo el mismo destino, es decir, están transformándose en nuevos lugares comunes.

Al contrario de lo que se podría pensar, el espíritu crítico no siempre está presente en el interior del movimiento ecologista. Este, más, bien, mantiene algunos rasgos de cierto sectarismo ideológico, un tono no muy grato de arrogancia intelectual, algo primitiva, común a muchas culturas inicialmente «heréticas».

Naturalmente, existen siempre interesantes excepciones. Tal vez habría que distinguir entre la acción política del movimiento ambientalista italiano, en general suficientemente dúctil e instintivamente pragmático, y, en cambio, el estado algo rígido del debate teórico, detenido por lo que anteriormente definimos como sus «dogmatismos».

Estamos convencidos de que esta situación puede conducir al movimiento ambientalista hacia una suerte de «autoaislamiento» o inclusive hacia una cultura antieco-

lógica. La cansina repetición de conceptos-fetiches impide ver y comprender; paradigmas estériles conllevan distorsiones y parálisis interpretativas. Y la consecuencia puede ser una separación entre la liturgia de las fórmulas, repetidas hasta el cansancio, y la cotidianidad de la acción política que inevitablemente tiende a adoptar su propio camino.

Una separación peligrosa, que disminuye la eficacia conjunta y abre el camino a miles de senderos minimalistas. O a una suerte de doble riel, sobre el cual hechos e ideas corren separadamente los unos de las otras.

Sobre esto hablamos, casi por azar, una noche en Rimini, en los días del congreso del PDS**, y las líneas siguientes quisieran, justamente, resumir estas reflexiones, sometiendo a crítica el valor axiomático de algunas «fórmulas» que desde hace años caracterizan recurrentemente el bagaje ordinario de la ideología ambientalista, con la esperanza de que alguien quizás desee contradecirnos.

Hombre/Naturaleza

El lugar común prevé e imagina en este par conflicto y separación. Por una parte el género humano, responsable y culpable, y por la otra la naturaleza, vital e inocente. El objetivo, de más está decirlo, es defender a la naturaleza de las agresiones del hombre. Un rígido dualismo domina la percepción de este vínculo.

Por el contrario, lo que las ciencias de lo viviente nos dicen sobre las dinámicas de la biosfera niega esa marcada distinción organismos/ambientes. Así como los ambientes contribuyen a definir la historia y los caracteres de los organismos, asimismo los organismos contribuyen a definir la historia y caracteres de los ambientes.

Deben entonces estar en primer plano las ideas de co-evolución, de co-construcción, de co-producción recíproca. Lo opuesto a la insistencia unilateral sobre las palabras orden de conservación y defensa del ambiente. La única manera, de hecho, de mantener ciertos equilibrios entre organismos y ambientes (que es lo que las ideas de conservación y defensa en definitiva significan) es mantener la riqueza de las interacciones a través del continuo, inevitable cambio de organismos y ambientes. Este dualismo, entonces, mientras niega el proceso coevolutivo e imagina una inexistente estaticidad, remueve completamente el carácter, las raíces naturales de la especie humana. Una naturaleza sin historia y hombres sin naturaleza son recíprocamente extraños. El reconocimiento de las responsabilidades negativas de la especie humana se convierte así en la renuncia a la asunción de cualquier respon-

sabilidad. Cualquier acción, en cuanto produce variación, se convierte en teóricamente imposible, y se confirma una suerte de «astenia» definitiva. Lo que quisiera aparecer como solidario en relación a la naturaleza es entonces, en efecto, el rechazo de la propia responsabilidad.

Ambientalismo científico

La idea de ambientalismo científico nace como respuesta «técnica» a la neutralidad de la ciencia oficial. Se compone, por así decir, de una pars destruens y una pars construens. La primera ataca la pretendida objetividad de los datos que apuntalan las decisiones políticas, las cuales, a su vez, de aquellos toman fuerzas; pone en entredicho su validez y demuestra su carácter parcial. La segunda asume una cerrada competencia en el terreno del adversario: a cada dato aparecerá otro que se le contraponga; a cada valoración, otra diferente. Este acercamiento posee una propia e indudable eficacia. Desenmascara y propone.

Pero esta elección manifiesta también una inconsciente paradoja. Aunque haya partido al ataque de una criticada «objetividad científica», el ambientalismo científico reproduce exactamente los errores del adversario. Frente a una ciencia objetiva contrapone su misma espejada objetividad. Pero apropiándose de una idea del ambiente despojada de cualquier historicidad, inevitablemente da origen a una suerte de fundamentalismo de signo contrario, basado en la misma estática linealidad que se cree gobierna la relación entre el hombre y la naturaleza.

No obstante, paradójicamente, una de las mayores causas de los daños y de las destrucciones perpetrados contra el ambiente por los desarrollos tecnológicos de la edad moderna, radica en la decisión de la tradición científica de presentarse como una «ruptura» determinante y superior respecto a todas las otras formas de conocimiento, reducidas al rango de «criadas» subordinadas. El ambientalismo científico, considerando la ciencia como el nivel superior del conocimiento, corre el riesgo de ignorar el intrincado intercambio de saberes, competencias y prácticas humanas. De una manera muy «tradicional», la ciencia es considerada el lugar fundamental de donde extraer instrucciones directas para las elecciones y decisiones políticas, a causa de implícito rechazo a tomar en serio a comprender e indagar en el sistema de relaciones que vincula ciencia, ética, preferencias individuales y colectivas, posibilidad, decisión política.

Centralidad ambiental

En la definición del ambientalismo científico está implícita, cuando no se lo propone directamente, la idea de centralidad ambiental como criterio privilegiado de las elecciones políticas. También en este caso se trata de un antiguo e impercedero error teórico. La idea de que la historia pueda ser indagada y la responsabilidad política ejercida desde un punto de observación unívoco y privilegiado. La «centralidad ambiental» toma el lugar y desarrolla la misma función reductora de otras centralidades «superadas»: la clase obrera, el capitalismo, y así sucesivamente. 0 intenta una imposible cohabitación con otras hipotéticas centralidades: hombre-mujer, Norte-Sur, etcétera.

El resultado es un simple desplazamiento de la centralidad (para asegurar su carácter jerárquicamente superior), en el momento en el que habría que asegurar, por el contrario, una mutación y una expansión de nuestra perspectiva, para comprender la interdependencia entre todas las cuestiones que conciernen la condición del hombre sobre este planeta.

Una perspectiva que se configure, entonces esencialmente como relacional, con la tarea no sólo de respetar sino también de volver fecunda la multiplicidad de instancias, perspectivas y puntos de vista. Solamente con un enfoque coevolutivo, con la construcción recíproca y con el respecto hacia tan diferentes aproximaciones pueden hallarse respuestas a los problemas y, sobre todo, pueden redefinirse sus características mismas. A menudo, en un determinado contexto, un problema es sencillamente irresoluble. Pero puede ser enfrentado si procedemos no a lo largo de vías diferentes desde el interior del mismo contexto, sino más bien a través de una expansión y un juego de relaciones del contexto mismo.

Biocentrismo

Biocentrismo, entendido como nuevo valor positivo que habría que oponer y sustituir al antropocentrismo, entendido como valor negativo. Si es cierto que la historia de la modernidad es la historia de las sucesivas descentraciones que provocaron profundas «heridas narcisistas» en nuestro originario antropocentrismo (la revolución copernicana, la revolución darwiniana, la revolución freudiana), nos parece, sin embargo, superficial y desviante definir antropocentrismo y biocentrismo como extremos de una relación de oposición; de la que surgiría, vencedor, el biocentrismo, como el punto de vista más adecuado y «objetivo». También en este caso se crea una confusión entre una perspectiva considerada científicamente fundada y

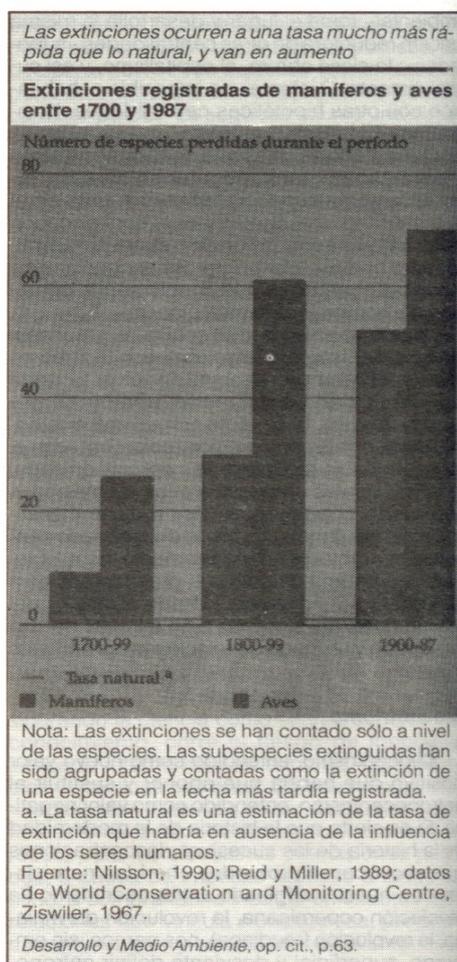
los propios desiderata éticos y políticos. En otras palabras, el ambientalismo científico corre el riesgo de concebir al biocentrismo como un lugar fundamental de observación, absoluto y casi divino, desvinculado de los límites y de las contingencias del acontecer humano. Esta perspectiva descuida por completo el hecho de que la biología, y más en general los procesos cognoscitivos valorativos son construcciones humanas. Nosotros mismos, en otras palabras, no podemos saltar por fuera de la sombra de nuestra especie, para atribuir a nuestros puntos de vista contingentes un valor universal y atemporal. La ecología no puede prescindir en absoluto de la limitación y la especificidad del punto de vista humano, no sólo porque las categorías adoptadas dependen de este punto de vista, sino porque de él dependen también las finalidades que aquélla se propone.

Naturaleza

La indisociabilidad de la perspectiva ideológica, desde el punto de vista de la especie humana, desplaza hacia el plano del deseo ético y proyectual una cuestión que no puede ser decidida directamente por imposiciones de tono científico. La presunción de volver inseparables los destinos de la tierra, de la vida y del hombre para apoyar las motivaciones éticas y políticas del movimiento ambientalista es el producto de una manera de pensar fundamentalista, que busca justamente en la ciencia un fundamento prescriptivo y normativo para la acción política. La tierra, la biosfera, la vida pueden estarse muy bien sin la especie humana y sin su trayectoria evolutiva.

De modo más fuerte, la extinción de la especie humana podría abrir nuevas oportunidades para muchas otras especies. Ninguna lógica biocéntrica, biosférica, «natural», nos puede garantizar un futuro. Nuestro futuro puede en cambio ser construido por nuestra misma especie en el momento en que se muestra capaz de ser compatible y de co-evolucionar con los otros actores y con los otros sistemas de la biosfera. Esta perspectiva, entre paréntesis, exime a la especie humana de una suerte de sacra obligación de conservar el equilibrio natural. Un equilibrio estático de la naturaleza simplemente no existe, porque los equilibrios de la biosfera se rompen continuamente: en la historia natural, la extinción de la especie es un rasgo común, así como las profundas transformaciones climáticas de áreas enteras del planeta. Si hoy combatimos la extinción de especies completas, la desaparición de ecosistemas, la desertización de vastas regiones, la variación de los valores y los parámetros climáticos de la biosfera, lo hacemos para preservarnos a nosotros mismos y a nuestros futuros desarrollos; para que los ecosistemas en los cuales vivimos no se tornen incompatibles con la conservación de nuestra autonomía biológica y cultu-

ral: un acto consciente de egoísmo revestido de motivaciones altruistas. Lo cual no quita, evidentemente, que nuestras acciones puedan resultar ventajosas y fecundas también para muchas otras especies y para muchos otros ecosistemas e incluso puedan abrir nuevas posibilidades simbióticas y evolutivas (un caso particular de esos procesos coevolutivos de los que toda la biosfera abunda).



Pero estos procesos siempre son contextuales respecto de particulares actores y situaciones espacio-temporales particulares: cada acción «ecológica» del hombre, dirigida hacia su conservación y la de otras especies, abre muchas oportunidades evolutivas sólo porque elimina muchas otras. Seguramente, muchas especies ob-

tendrían grandes ventajas de una biosfera sin el hombre y sin alguna de las otras especies animales o vegetales que nos son tan preciadas. Como, de igual forma, nuestra especie se abrió camino gracias al deterioro y la desaparición de otras especies incompatibles con nuestra existencia. Lo que defendemos entonces es una determinada fase de la evolución y no la naturaleza en cuanto tal. La naturaleza no puede tornarse la nueva idea-fetiché, el nuevo objeto de culto, el nuevo ídolo sacrificial de una visión del mundo que pretende ser científica y que sin embargo posee los caracteres de una visión totalizante y religiosa. La naturaleza no puede ser concebida como compacta y mono-tendencial, determinante de las tablas de la ley que se revela a todos, cuando no es otra cosa que la trama de la cooperación y de los conflictos de estos mismos seres vivientes. Ninguna necesidad regula estas relaciones, pero una serie infinita de posibilidades se abre frente a ellas.

Límite

Las ideas de «ambientalismo científico» y de «centralidad ambiental» provocan un dramático malentendido de la idea del límite. El límite es concebido como índice de una necesidad absoluta, como expresión de leyes que la investigación científica nos permitiría descubrir y conocer y que la política ambientalista asumiría como variable independiente a quien someter los desiderata éticos y proyectuales. Esta idea absoluta del límite - en el sentido de absoluta ahistórica, desvinculada de los procesos y de las innovaciones de la historia (natural y humana) - corre el riesgo de volver tan absoluto y ahistórico el universo de lo posible, justamente porque se lo sustrae al devenir co-evolutivo de sistemas naturales, humanos, sociales, tecnológicos. En esta perspectiva, el descubrimiento de los límites definiría una serie de leyes prescriptivas, cuyo conocimiento («científico») nos permitiría la previsión y el control del desarrollo de los sistemas naturales y sociales, la determinación de los efectos de nuestra interacción con la naturaleza. Y, sobre todo, nos diría cómo deberíamos operar.

En sustancia, según una clásica relación de dependencia «de lo bueno y del bien desde la verdad», el conocimiento tendría un valor normativo: nos prescribiría lo que debemos hacer. Nosotros preferimos otra concepción del límite: la idea de límite como vínculo, que no indica lo que se debe hacer, sino sólo lo que no es posible hacer. Y, más aún, esta imposibilidad es concebida históricamente respecto de un preciso contexto espacio-temporal. Reinterpretado como vínculo, el límite se toma generador, más que negador, de posibilidades y oportunidades. La evaluación de los sistemas naturales y sociales aparece como un juego tripolar entre reglas, contingencias de los sucesos y elecciones estratégicas de los actores históricos.

Es este juego tripolar el que define los vínculos y las posibilidades en los variados contextos históricos y sobre las diferentes escalas temporales: vínculos y posibilidades devienen y se producen recíprocamente. A diferencia de los límites entendidos como necesidades atemporales, los vínculos se desplazan también en virtud de las acciones, de las operaciones y de las capacidades proyectuales de los sistemas en juego. Naturalmente, también en virtud de los actores humanos, a los que le es así restituida una positiva y gravosa responsabilidad.

Grupos	Número de especies identificadas	Total estimado de especies	Número de especies identificadas como porcentaje del total estimado	Número de especies poco comunes ^a	Número de especies poco comunes, como porcentaje de las especies identificadas ^a
Mamíferos, reptiles y anfibios	14.484	15.210	95	728	5
Aves	9.040	9.225	98	683	8
Peces	19.056	21.000	90	472	3
Plantas	322.311	480.000 ^b	67
Insectos	751.000	30.000.000	3	895	<1
Otros invertebrados/microorganismos	276.594	3.000.000 ^b	9	530	<1
Total ^c	1.392.485	33.525.435	4

a. Especies poco comunes son las clasificadas por la UICN como especies amenazadas de extinción, vulnerables o raras, así como aquellas que no se ha determinado a cuál de esas categorías pertenecen. En el caso de algunas categorías taxonómicas, se ha evaluado un número reducido de especies.

b. Cifras del Instituto Mundial sobre Recursos, 1989, página 93.

c. Estas cifras son muy sensibles al número estimado de especies de insectos, que es objeto de debate e incertidumbre considerables; por lo tanto, deben tomarse sólo como estimaciones aproximadas.

Fuentes: Wilson y Peter, 1988; Wolf, 1987; UICN, 1990.

Desarrollo y Medio Ambiente, op. cit., p. 64.

Catástrofe

El catastrofismo cumple en el pensamiento ambientalista una doble función. En primer lugar, es la lógica consecuencia de una concepción lineal de los mecanismos naturales. La catástrofe tiene lugar por acumulación cuantitativa de tendencias «negativas». Ella confirma entonces una estructura teórica. En segundo lugar, juega un rol de profecía autocumplida. Da fuerza propagandística a la necesidad e inevitabilidad, una vez más, de la propia previsión. La civilización humana está destinada a desmoronarse bajo el peso de sus contradicciones, exactamente, para evocar un ejemplo famoso, como el capitalismo en las teorías de la «caída».

Se ha difundido la convicción de que hoy en día la biosfera se encuentra, por culpa del hombre, en el peor de los estados posibles. Lo que sabemos de los largos períodos de la historia natural nos muestra, por el contrario, que la biosfera siempre ha

sufrido bruscas variaciones climáticas (y de otros tipos) y que también ha sido constelada por momentos de dramática discontinuidad, que con frecuencia provocaron la extinción casi contemporánea de muchísimas especies vivientes. Y es, entre otras cosas, fuente de encendida polémica el que las causas de estas extinciones sean internas o externas a la biosfera misma.

Sin embargo, estas variaciones climáticas, estas discontinuidades nunca fueron acontecimientos sólo destructivos. Fueron, por el contrario, acontecimientos también creativos, que desplazaron las agujas del reloj de la evolución, abriendo camino a la innovación y a la difusión de muchas especies y de muchos grupos de animales que anteriormente debían permanecer en nichos aislados, atrapados por vínculos rígidos. Si en vez de historia de la biosfera preferimos hablar de historia de las relaciones entre hombre y biosfera, entre especie (plural) y biosfera, observando, con buenas razones, que estos equilibrios puedan estar a punto de romperse, aun en este caso no debemos idealizar un estado anterior en el cual la coexistencia de hombre y biosfera habría sido garantizada a priori. La coexistencia de hombre y biosfera (al igual que todas las compatibilidades evolutivas) deviene históricamente.

Está claro que un mundo en el que habitan varios millones de individuos humanos (ya no sometidos a los diezmos de las carestías y de la mortalidad infantil, que viven nuevas posibilidades de subsistencia y de evolución en los espacios y tiempos de la cultura, de las informaciones, de la tecnología) impone normas de coexistencia diferentes de las que regulaban las sociedades tribales (en las que el hombre estaba a la merced de asaltos naturales más directos y en las cuales la difusión de los sistemas culturales y tecnológicos era mucho más episódica). Esto significa: si queremos que la especie humana adquiera mayor estabilidad en la biosfera (después de todo la humana es una especie muy joven y de todas formas muchas especies se extinguen sin dejar descendencia) debemos estar dispuestos a pagar un precio. El objetivo de una política ecológica es justamente el de hacer lo más razonable posible este precio, de garantizar la fecundidad y la productividad de los intercambios y de las relaciones que ocurren entre el hombre y la naturaleza. El catastrofismo, atribuyendo a la especie humana una suerte de epocal, objetiva y por tanto ahistórica responsabilidad, oculta el valor y la responsabilidad presente. Al colocar fuera del tiempo la responsabilidad humana en realidad la desarma y la absuelve.

Penuria

Si pensamos que hay una naturaleza, y no que la naturaleza deviene; que los equilibrios de la biosfera sean y no que devengan; que la historia de la biosfera constituya un despliegue de necesidades prefijadas y no la creación de nuevas formas y nuevos contextos, entonces también pensamos que la vida de la biosfera, y por lo tanto también la de las especies que la habitan y la vida de nuestra misma especie, están caracterizadas por «cosas» que existen en cantidad limitada, que están determinadas por una penuria o escasez crónicas.

Así, incluso el juego entre hombre y naturaleza resulta un juego de suma cero. Si es cierto que en el pasado le hemos sustraído demasiado a la naturaleza, estaríamos de algún modo obligados a devolver lo sustraído a nuestras expensas.

Los principales riesgos de esta noción son dos. El primero nos hace considerar al hombre y a los otros agentes de la biosfera como antagonistas por la posesión de las mismas «cosas» prefijadas, manteniendo entonces (y cambiando sólo el signo) el modo de pensar que subyacía tras la ideología del control de la naturaleza. Justamente el exacto contrario de la ansiada integración entre hombre y naturaleza.

Pero otro riesgo es también de tender a concebir la sociedad humana como un juego de suma cero entre actores diferentes: los cuales de tanto en tanto pueden ser el Norte y el Sur de mundo, las clases sociales antagonistas o los sexos contrapuestos entre sí. Ello conduce a creer que las relaciones entre los países desarrollados y los países en vías de desarrollo, o entre el Occidente y las otras áreas del mundo, entre ricos y pobres, puedan ser enfrentadas con un simple desplazamiento de acento, de un lado a otro de la dicotomía asumida como fundamental. El resultado es no asumir el otro punto de vista, es perder el propio punto de vista y hacer se promotores de una disminución en la calidad de vida de algunos individuos, sin contribuir a elevar la calidad de vida de los otros individuos.

También la calidad de la vida es una variable «interdependiente»: o se eleva en todo el planeta (y entonces el llamado a la responsabilidad de nosotros los occidentales para elecciones iluminadas y no egoístas asume un sentido preciso y constructivo), o bien se deteriora en todo el planeta. El privilegiar la noción de penuria conlleva ideas tales como austeridad, guerra al despilfarro, sacrificio, entendidos en un sentido cuantitativo, casi matemático: fue consumido demasiado de las «entidades» de las que hay escasez, por ello debemos consumirlas en menor cuantía. Aun dando por descontado que en nuestra sociedad los despilfarros son cosa común, y una guerra contra ellos es indispensable podemos sin embargo observar este pro-

blema en una perspectiva notablemente diferente. Reculer pour mieux sauter. Detenerse o retroceder para ir hacia adelante con más fuerza. Modificar algunos parámetros de nuestros sistemas económicos, tecnológicos, sociales, para expandir decididamente el contexto de partida. Podar localmente para innovar globalmente.

Un ambientalismo dominado por la idea de penuria corre el riesgo, evidentemente, de fusionarse con perspectivas más o menos totalitarias: no olvidemos que una de las atracciones del totalitarismo fue su promesa de confiar a pocas manos el control de las «entidades» de las que se advertía una remediable penuria para después proceder a una redistribución más «igualitaria».

Otra cuestión crucial del empuje que hoy en día tienen los problemas ecológicos está, de hecho, dada por el descubrimiento de que las políticas ambientalistas pueden ser ejecutadas por cualquier tipo de gobierno, incluso por los totalitarios, antidemocráticos, reaccionarios.

Especies esenciales grandes y pequeñas

Las especies «esenciales» son aquellas que tienen un efecto sobre su ecosistema mucho más profundo que otras especies. Se trata de los organismos que debido a complejas interacciones son esenciales para la existencia de otras especies; si desaparecen las especies que dependen de ellas pueden también desaparecer. En muchos casos la importancia de las especies esenciales no se aprecia ni se comprende hasta que falla otra parte del sistema ecológico.

Las especies esenciales pueden ser tan pequeñas como los murciélagos o tan grandes como los elefantes. En los años setenta en Malasia comenzó a disminuir de manera misteriosa el suministro de durión fruta popular con lo que se vio amenazada una industria frutera que producía ingresos de \$100 millones al año. Aunque los árboles estaban intactos y aparentemente saludables producían menos fruta. El misterio se develó al descubrirse por casualidad que la flor de ese árbol frutal la poliniza una sola especie de murciélago cuya población había mermado considerablemente. Si bien los árboles eran polinizados por los murciélagos sus principal fuente de alimento eran los árboles que florecían en los manglares que estaban siendo convertidos en criaderos de camarones. Además las cuevas de piedra caliza que servían de abrigo a los murciélagos estaban siendo dinamitadas por una fábrica local de cemento. Los esfuerzos de conservación encaminados a proteger las cuevas y las colinas de piedra caliza llevaron al cierre de la fábrica de cemento tras

lo cual las poblaciones de murciélagos y la industria frutera del durión se recuperaron.

En la reserva de caza de Hluhluwe en Sudáfrica la desaparición de la población de elefantes hace un siglo ha provocado la extinción de tres especies de antílopes y la disminución de las poblaciones de herbívoros de la sabana como el ñu y el kudú. Los mamíferos grandes que ramonean y pacen en esas zonas como los elefantes tienen efectos considerables en la vegetación de su hábitat. Al pisotear y ramonear los árboles jóvenes evitan que en los claros de los bosques se forme bóveda de ramas que los matorrales se hagan muy tupidos y que los pastizales lleguen a convertirse en herbazales altos. De esa manera se mantienen los hábitats en que pueden prosperar los herbívoros de menor tamaño. La desaparición de los grandes herbívoros puede hacer que la cubierta de vegetación se tupa con lo que se limita o elimina el hábitat de los herbívoros más pequeños.

Pero nuestra apuesta es por una ecología democrática y libertaria que sea compatible, en todas sus elecciones, con el goce y con la expansión de los derechos humanos para el mayor número posible de individuos. Lo cual no puede sino significar: para todos los individuos.

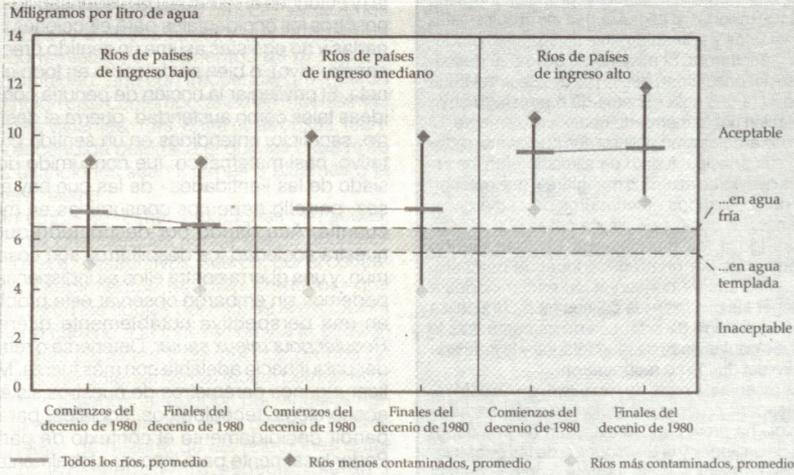
Pero ello requiere, a mediano y corto plazo, fuertes inversiones económicas, un intenso ritmo de innovaciones tecnológicas, la activación de procesos de cooperación planetaria...

En todo caso vale la pena explorar la posibilidad de superar el reducido horizonte de un ambientalismo científico que se define contraponiendo por doquier dos lógicas estáticas (como hemos visto a lo largo de todo este «diccionario»), para elaborar en cambio una política ecológica que se mueva en (y junto a) los procesos de la historia y de las ideas.

Traducción: Barbara Piano

No hay mejora para la vida acuática en los ríos contaminados de los países de ingreso bajo y mediano

Oxígeno disuelto en los ríos: niveles y tendencias en distintos grupos de países, según el ingreso



Nota: Los datos corresponden a 20 lugares de países de ingreso bajo, 31 de países de ingreso mediano y 17 de países de ingreso alto. Los «ríos menos contaminados» y los «ríos más contaminados» representan las cuartillas primera y última de los lugares, una vez clasificados según la calidad del agua. Los períodos de las series cronológicas difieren algo según el lugar. Como criterios de aceptabilidad se han usado las normas de la U. S. Environmental Protection Agency para que el agua sea capaz de sostener vida acuática.

Desarrollo y Medio Ambiente, op. cit., p.49.

*Extraído de MicroMega 3/91, Roma, pp. 7-15.

**PDS, antiguo Partido Comunista Italiano, desde hace un par de años llamado Partido Democrático de la Izquierda (NT).

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 122 Noviembre- Diciembre de 1992, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.